

14. Floriseo

Introducción

La travesía del desierto de *Floriseo*

Con la publicación en 1516 de la historia de Floriseo, que por otro nombre es llamado el Cavallero del Desierto, el cual por su grande esfuerço y mucho saber alcançó a ser Rey de Bohemia, se incorpora a la prosa de ficción del Siglo de Oro la figura caballeresca de un héroe marginal, arrumbado en los rincones de la memoria erudita desde que los brillantes currículos de Amadís, Belianís, el Caballero del Febo o el propio don Quijote de la Mancha sedujeran a los lectores de los siglos xvi y xvii y ensombrecieran la impronta de este modesto bohemio de azarosa vida. Creo que no faltará hoy el lector que se complazca con los méritos que entrevió el inquieto y activo impresor Diego de Gumiel en este libro de caballerías del extremeño Fernando Bernal, ésos que propiciaron su impresión valenciana el 10 de mayo de 1516. Y confío en que el paso del tiempo haya limado para sus potenciales lectores de hoy los posibles defectos que abocaron la novela de Bernal y la edición impresa de Gumiel al fracaso, si por tal ha de entenderse la orfandad de cualquier otra edición impresa hasta ésta que se presenta en la colección «Los libros de Rocinante». Bien pudo ser que las virtudes del libro no endulzaran los sinsabores de sus defectos. Pero tal vez sucediera que los presuntos méritos fueran en sí mismos la fuente del disgusto, de tal manera que el Floriseo, como algunos otros libros de caballerías publicados en fechas cercanas, sería en ese caso un «experimento» novelesco de escaso éxito –aunque clarificador para el estudio del género de los libros de caballerías áureos. Negados los laureles de nuevas ediciones durante el siglo xvi, no le faltaron sin embargo al Floriseo de Fernando Bernal al menos tres lectores coetáneos de los que nos ocuparemos: su continuador, el autor anónimo del Reimundo de Grecia, que se ha identificado tradicionalmente con el propio Bernal (supuesto resbaladizo a mi entender); Andrés Ortiz, poeta que compuso el Romance en que se tratan los amores de Floriseo y de la Reina de Bohemia, con un villancico, y el destinatario de este libro de caballerías, el Marqués de los Vélez, Pedro Fajardo Chacón. Antes de resaltar los principales rasgos del Floriseo, procede situarlos en su marco argumental.

Floriseo, de Caballero del Desierto a Rey de Bohemia

Cuentan «las istorias que hablan de la nobleza e antigüedad del reino de Bohemia» que Pirineo, duque de Aquilonia y señor de Ostrina, y su esposa Primacia anhelaban la venida al mundo de un vástago que colmara su felicidad conyugal. Sus rogativas, devociones y obras de caridad se vieron recompensadas y, durante su embarazo, Primacia promete peregrinar a Jerusalén y a Roma en señal de gratitud. Pirineo confía en que la tierna edad del niño Floriseo y las incertidumbres de una romería tan larga entibien el fervor de su mujer. Sin embargo, Primacia insiste en su propósito y embarcan finalmente rumbo a Jerusalén, una vez Pirineo ha conferido provisionalmente la autoridad a su hermano Priano y ha testado en favor de la sucesión de Floriseo en caso de fallecimiento. Parten acompañados tan sólo por sus servidores Solacio y Constancia, para así ocultar mejor su alto linaje, y visitan Tierra Santa sin contratiempo alguno. Mas, camino de Roma, naufragan en una isla deshabitada, donde Pirineo y Solacio son apresados por unos salvajes de la Isla de las Perlas, a los que poco después cristianan y acaudillan contra los deseos anexionistas del Soldán de Babilonia (Libro I, caps. 1-8). En la isla aguardan su regreso Primacia, Constancia y Floriseo, pero las dos mujeres padecen también cautiverio a manos de salvajes. Tiempo después, las parejas se reencuentran azarosamente; el matrimonio, en la corte de Babilonia, donde saben ganarse la estima del Soldán pese a su condición de cautivos; los servidores, Solacio y Constancia, en la Isla de las Perlas (caps. 9-12). A lo largo de estos años, el tierno Floriseo, abandonado y solo en la isla deshabitada, fue salvado de una muerte cierta por el ermitaño Graciano, quien lo trasladó a su eremitorio y educó en su infancia y primera juventud en las letras humanas y divinas. Pero ni la ciencia ni la teología embotan por completo el filo de un ímpetu vitalista y militante que le lleva a cortar las ataduras que lo ligaban a la contemplación eremítica: Floriseo manifiesta la intención de servir a Dios con su cristianismo secular, activo y voluntarista (caps. 13-16). Con el apelativo de Caballero del Desierto, Floriseo protagoniza distintas aventuras antes de reencontrar a sus servidores Constancia y Solacio (caps. 17-31). Como hiciera su padre, Floriseo capitanea a los insulanos en una nueva contienda que los enfrenta al Soldán de Babilonia (caps. 32-38). La victoria le reporta los primeros méritos con que ornar su panoplia de soldado linajudo sin herencia ni investidura caballeresca, a los que vienen a sumarse los contraídos tras su paso por la Isla del Sol (caps. 39-42), la Isla de Fortuna (caps. 43-47) o los ducados de Atenas y Tebas (caps. 48-57). Las tensiones con el Soldán de Babilonia degeneran en un conflicto de grandes proporciones cuando Floriseo se alía con el Duque de Alejandría, el converso Gregorio; si la captura del Soldán desencadena las hostilidades, una aplastante victoria de los aliados cristianos culmina la campaña militar y avalora las virtudes castrenses de Floriseo (caps. 58-75). La Soldana de Babilonia

envía a su cautivo Pirineo como embajador ante Floriseo para que interceda por la libertad del Soldán, pero la diligencia del padre y la buena disposición de su hijo Floriseo no evitan la locura del prisionero, que se suicida en un arrebato de locura. La embajada diplomática permite al menos el reencuentro final de padres e hijo, si bien la anagnórisis da paso a una nueva peripecia cuando Floriseo expresa su intención de continuar sus aventuras en Constantinopla tras recibir la investidura como caballero andante (caps. 76-83).

A poco de iniciarse el relato de sus hazañas en el Libro segundo, el caballero Floriseo libera a la Reina de Bohemia del cautiverio de un jayán, si bien el rescate le obliga a un doloroso canje: la libertad de la Reina por la prisión de su corazón enamorado. El propio Floriseo se impone la pena y la redención: amarla y merecerla en la corte más afamada entre los caballeros andantes, Constantinopla (caps. 1-11). Desconfiado de su menguada fama, confirma su nombradía en distintas aventuras de la Isla Encantada (caps. 12-25), de manera que cumple el propósito de que su fama le preceda al llegar a la corte de Constantinopla. Allí se encuentra el norte de sus hazañas y deseos, la Reina de Bohemia, en cuyo favor dirige una larga y cruenta campaña militar contra el Infante de Bohemia, que se ha alzado traicioneramente con el Reino (caps. 26-40). Las virtudes de Floriseo perviven en la memoria de sus parientes y amigos durante el largo cautiverio que sufre poco después en el Reino de India. La reina Laciva lo retiene encantado mediante ligadura amorosa, sólo rota por la tenacidad de su padre Pirineo y sus amigos, quienes, tras una laboriosa búsqueda, dan con su paradero. Apiadada de sus familiares – también satisfecho su prurito –, desencanta al caballero y permite el regreso de los extranjeros a la corte constantinopolitana. Tejido de más firmes sentimientos, el amor de la Reina de Bohemia soporta incólume el inexorable paso del tiempo y grana en el nacimiento secreto de Reimundo de Grecia. Ni siquiera las presiones de los Emperadores de Constantinopla, que desean casarla con el Duque de Macedonia, menoscaban su soberana voluntad de convertir a Floriseo en rey de Bohemia, un deseo que se convierte en designio político cuando sus propios súbditos bohemios le aconsejan el matrimonio con el compatriota, hijo de los nobles Pirineo y Primacia (caps. 41-54). No obstante, urge la llegada inmediata de Floriseo a Constantinopla, pues el cerco en torno a la Reina se estrecha y sólo la huida o el suicidio se le ofrecen como trágica escapatoria. La llegada providencial de Floriseo a Constantinopla cierra la vida caballeresca de Floriseo en este libro: la Reina y él logran que el Emperador sancione su matrimonio, que se había mantenido secreto durante dos años (caps. 55-57).

El *Floriseo* de Bernal, «novela caballeresca»

La narración de Bernal conjuga el modelo de la novela de aventuras medieval y el *romance* de tradición artúrica, presente también en el *Amadís* primitivo refundido por Garcí Rodríguez de Montalvo. Inserto sin embargo en los fértiles veinticinco primeros años de producción caballeresca castellana del siglo xvi, si hubiéramos de filiar este libro de caballerías a algún modelo prestigiante que lo acompañara en su regreso al mundo de los impresos, en mi opinión debería auparse sobre los hombros de la versión castellana del *Tirant lo Blanch* de Joannot Martorell, el anónimo *Tirante el Blanco* de 1511, publicado en Valladolid por el mismo impresor que años después lanzará el *Floriseo*, Diego de Gumiel (ambos textos castellanos sin ediciones posteriores), con preferencia sobre el modelo del *Amadís de Gaula*. Apoyo el vínculo en ciertas semejanzas con el *Tirante* (dimensión cabal del heroísmo del protagonista, preferencia por las campañas bélicas de grandes contingentes en detrimento de los combates individuales, itinerario geográfico reconocible y localizable, contención de los elementos maravillosos, voluntarismo caballeresco, por ejemplo) y la desvinculación en ciertas divergencias con respecto al *Amadís de Gaula* (ausencia de la polionomasia, desarrollo lineal de la historia en detrimento del entrelazamiento de aventuras –en su correlato narrativo, protagonismo exclusivo de un caballero centrípeto frente al protagonismo compartido con otros caballeros secundarios–, inexistencia de profecías que marcan el desarrollo de las aventuras y predeterminan su resultado, eliminación del recurso ficcional del original recuperado y traducido –y por ende escasa presencia de las fórmulas recurrentes de seguimiento de la historia que se finge traducir, su hipotexto fingido–, ausencia de las típicas aventuras de gradación jerarquizante al estilo del Arco de los Leales Amadores y la Cámara Defendida del *Amadís de Gaula*; alguno de estos rasgos aleja el *Floriseo* del *Amadís* y lo acerca también al *Tirante*). El enanismo implícito en esta búsqueda de filiación prestigiante aspira a ponderar la altura literaria de Fernando Bernal, enano a hombros de Martorell y su creación, el *Tirant lo Blanch*. Sin embargo, como moderno que ve más lejos desde su promontorio, creo que Bernal intentó vestir su libro de caballerías con ciertas galas novedosas que lucían el *Tirante* y otros libros de caballerías castellanos de la época. En resumen, los rasgos que se comentan a continuación parten del supuesto teórico de que la obra de Bernal está más cerca de lo que se

ha venido definiendo como «novela caballeresca», al estilo de *Tirant*, que del «libro de caballerías» a la manera amadisca, según los conceptos teóricos propuestos por Martín de Riquer[1].

Sabio, así por arte que aprendió como por naturaleza que le dio gran ingenio

Educación y carácter conforman la personalidad de Floriseo del Desierto. De la primera es responsable durante su infancia y primera juventud el eremita Graciano, aquel buen ermitaño que lo recogió de la isla en que naufragaron sus padres y servidores para conducirlo a su eremitorio. Allí «lo crio con mucha diligencia; hasta seis años, hablándole en lengua griega, e dende esta edad en los ocho años supo leer e escrever. E dende esta edad hasta los doze años supo perfectamente la arte de bien hablar e escrever la lengua latina e griega» (pág. 26). En torno a esa edad, la sangre noble del muchacho comienza a manifestarse en aventuras de creciente peligrosidad, de manera que Graciano trata de sepultar la fuerza de la sangre en el estudio perseverante de las artes y la ciencia divina, «lo cual él estudió dende doze años hasta que ovo deziséis, en lo cual alcanzó tanta parte con que en cualquier lugar de sabio fuera tenido por uno d'ellos» (pág. 26). En la tábula rasa del conocimiento de Floriseo sedimentan sus estudios humanistas cristianos; de ese conocimiento, ya impreso por la doctrina de Graciano, brotará un compromiso de cristianismo militante y activo, irrigado por su sangre noble bohemia. De esta conjunción de factores surge la renuncia a formar parte de la orden de los eremitas:

Padres e señores míos, bien creo que si miráis el processo de mi vida no hallaréis en ella, aunque de pecador ha sido, obra ni palabra mía por donde mostrase que tenía ni tengo descontento d'esta santa religión vuestra, antes está claro que siempre la amé e loé e defendí en cuanto pude, en lo cual no he yo merecido cosa ante Dios, pues, por aver yo nacido –o casi– en ella, lo que en la religión he hecho ha sido obra que otra no pudiera hazer porque no estuve en el mundo; el cual, según sus nuevas, yo aborrecía, pero determino de ir a él por provar si mi desseo, que es de servir a Dios, se mostrará allá tanto firme que las ocasiones del mundo no le vençan, lo cual solamente me haze –e no otro mal pensamiento– no tomar vuestro ábito de penitencia (pág. 27).

A partir de entonces, Floriseo, que no estuvo en el mundo, emprende una brillante trayectoria vital gracias a la cual recompondrá su perdida familia, la reintegrará al Reino de Bohemia del que partió y la engrandecerá con su entronización final como rey. El aliento que sostiene su tesón procede de una firme voluntad de ser el que se es, como parece inferirse de la reconvencción que dirige al orgulloso Soldán de Babilonia:

Bien sé que tu sobervia te engañó, de la cual te quexa junto con quexarte de tu cobdicia e no de la fortuna, que no ay fortuna sino que virtud o vicio son los que hazen o deshazen al hombre (pág. 122).

A la propia experiencia de sus viajes y del conocimiento de un grupo heterogéneo de amigos y enemigos, unirá siempre su formación inicial, que le permitirá por ejemplo explicar naturalmente las aparentes maravillas de la Isla Encantada que le cuenta Gesipo:

– Dízense muchas cosas maravillosas d'ellas de que no ay entera sabiduría, porque unos dizen que esta tierra parece que está siempre encendida e otros dizen que parece que se hunde; e otros, que los árboles d'ella parecen allegar al cielo e luego abaxarse al abismo, e que con todo esto ella echa de sí un suave e fuerte olor. E que ay en ella infinita diversidad de colores de árboles e de frutos e que se oyen en ellas las bozes de los hombres, pero que no los pueden ver [...].

Porque sabía él [Floriseo] bien que creer cosa que se dixesse de encantamientos desagradava a Dios, a esta causa no creyó que la maravilla de aquella isla viniessen sino por obra natural [...]. E *como él fuesse sabio, así por arte que aprendió como por naturaleza que le dio gran ingenio*, habló a su parecer la causa de la estrañeza que en la ínsola se hallava [...].

– Amigo Gesipo –dixo Floriseo–, yo he pensado mucho en el parecer d’esta tierra y hallo que es natural e no por encantamiento, como vos e todos los que la avéis visto creéis. E deve a lo cierto ser la causa la diversidad de las cosas sobre que hiere el sol e la muchedumbre de nuves que sobre ella se deven engendrar, que reciben en sí diversas colores del sol e por esto parece que se arde en diversas colores de llamas. E cuando los rayos hieren sobre los árboles altos levántanse vapores que parecen a la vista allegar hasta el cielo. E los hombres que han llegado a esta isla, como veen estas cosas que causa el sol sobre los vapores, o el sol, que hiere también sobre alguna parte en que ay cristal o otros cuerpos limpios, de lo cual se haze tanta claridad que embaraça la vista e piensan que es por encantamiento. E también esso del color que dezís, junto con la claridad, les haze desvanecer la cabeça, de manera que no pueden, aunque osan, entrar adentro de la isla, en la cual yo quiero entrar, si Dios me ayudare. E no dexara de hazerlo aunque fuera encantada (págs. 190-191).

Su inteligencia natural, ejercida desde niño sobre las materias de estudio propuestas por Graciano según los principios de «todas las artes», se despliega tanto en la resolución abstracta de problemas racionales –el ejemplo anterior– como en una suerte de *savoir faire* eminentemente práctico que le permite salir bien parado de situaciones privativas de la vida pública en sociedad (tal la modestia con que, «huyendo Floriseo de vanagloria e usando como hombre muy de palacio, passó por todo lo que el Duque decía en su loor e començó de hablarle en otras cosas muy apartadas de aquéllas», pág. 104), de las responsabilidades políticas de mayor fuste (cuando recibe por poderes, con apenas veinte años, el cargo de administrador y capitán general del señorío del Duque de Alejandría, momento en que ha de vérselas con un Consejo de juristas y caballeros recelosos del advenedizo imberbe y, «veniendo a hablar en lo que hazía al caso, quiso usar con ellos como señor e como discreto: como señor, en no les pedir parecer sino dezir el suyo, e como discreto en hazerlo así», pág. 120) o, finalmente, de la justa y liberal recompensa de sus tropas (por ejemplo, el reparto del cuantioso botín de la ciudad de Anxiana, donde «tovo Floriseo tal saber que no quiso parte del despojo por poder repartir pacíficamente entre todos toda la hazienda, dando al de cavallo doblado que al peón, e al capitán diez tanto que a cada uno de los suyos», pág. 126). Ni siquiera desmaya el inexperto Floriseo en el diálogo cortesano de buen tono con las damas, aunque su morigerado comportamiento dificulta los esfuerzos de la Duquesa de Tebas por arrimarlo física –y sentimentalmente– a su hija Diana:

E dixo la Duquesa a Damián que la llevasse de rienda. Esto hazía ella porque Floriseo tomasse de la rienda a la mula de Diana. E como Floriseo no estoviesse tan diestro en las cosas de gala como de las armas, no curava d’esto hasta que la Duquesa dixo:

–Señor cavallero, uso es en esta tierra que el cavallero, yendo con damas, lleve dos riendas en las manos. Por tanto, tomad la de mi hija.

Lo cual hizo Floriseo con harto empacho. E como Diana se viesse en tan buen lugar para poder gozar de la vista de Floriseo, a quien más que a sí amava, iva la más alegre del mundo, e aunque llevaba congoxa en ver cómo Floriseo no la hablava en la manera que los cavalleros usan hablar a las donzellas. Lo cual hazía Floriseo más por su onestidad que porque de su natural no supiesse toda la buena manera de hablar que para con las donzellas se devía tener (pág. 97)[2].

Floriseo, miles christi

La «onestidad» autoimpuesta sobre el «natural» en el trato con las mujeres se convierte en un principio axiológico del comportamiento de Floriseo, que afecta incluso a su particular concepto de la caballería. En su opinión, la caballería artúrica –cuyo punto cenital alcanzaron Amadís, sus hermanos y su hijo Esplandián, según el juicio del caballero Arturio de la Grande Bretaña–, decayó por la participación en «demandas deshonestas»:

Si los cavalleros andantes o de la Tabla Redonda no se ovieran ocupado en demandas deshonestas en que las mugeres los pusieron, bien creo que hasta oy durara aquel muy noble officio de las armas en la honra que solía estar en el mundo en el tiempo que la orden de cavallería se començó. Pero como los cavalleros de aquel tiempo començaron a dexar el servicio de Dios y el deseo de virtud que con

sus fuerças e armas mostravan, e se pusieron en el servicio de los deshonestos amores y en querer cumplir los desordenados desseos de las livianas mugeres, fueron los cavalleros de mal en peor. E por razón de su desautoridad e malas obras en que se exercitavan permitió Nuestro Señor que tanto quanto la orden de cavalleros aya sido honrada, tanto fuesse en estos tiempos abaxada e menospreciada (pág. 199).

La profesión de fe caballescica remite implícitamente al voto proferido ante el monje Severiano en el momento preciso en que abrazó la militancia cristiana activa en detrimento de la contemplativa, sin que la operatividad de sus designios se vea empedida por la falta de la investidura caballescica:

Padre, mucho holgara que me pudiéades dar la orden de cavallería para que más libremente usara del arte de cavallería. Pero pues en este lugar no ay aparejo de recibirla, en tanto que Dios me guía a parte donde la pueda tomar quiero hazer en vuestras manos omenaje a Nuestro Señor. E así lo hago, que de oy más será en tanto que yo viva mi contino oficio procurar con todas mis fuerças el ensalçamiento de su santa fe y el remedio de los cristianos, e la libertad de mis padres e la justicia de toda persona agraviada, siendo para ello requerido, oviendo el agravio en mi presencia; e que en tanto que Nuestro Señor no me diere muger con que le sirva yo, no conosceré otra pecando con ella; e que para cumplir no terné en estima cualquier peligro que pueda venir a mi cuerpo (pág. 29).

Un voto que se expresa también emblemáticamente a través de la imagen y el lema que luce Floriseo en su escudo: «un escudo muy hermoso cuyo campo era blanco y en medio una cruz colorada, y en cerco de ella unas letras de oro esculpidas que dezían: *En esta señal vencerás*», invención que reproduce la aparición milagrosa de una Cruz en el cielo, acompañada del lema *In hoc signo vinces*, que se le mostró al emperador Constantino Magno poco antes de la victoria contra Majencio en la batalla del puente Milvio. Floriseo es *miles christi*, soldado de Cristo, en tanto en cuanto brazo secular de Dios sobre la tierra. No padece aún el retraimiento contrarreformista que conduce hacia la interiorización del *miles christi* en una suerte de psicomaquia donde vicios y virtudes combaten en la conciencia y el actuar del caballero a lo divino: reza su fe en hechos de armas. Y aunque Bernal lo presenta en ocasiones más como caballero celestial que como soldado de Cristo sobre la tierra[3], no sobredimensiona la capacidad y hazañas de su personaje y opta por pergeñar la etopeya de un capitán ejemplar fuerte, valiente, discreto, ingenioso y hábil estratega, «tan astuto e ardid en hazer estas entradas como si cinquenta años oviera sido adalid en frontera de enemigos» (pág. 37), «però això sempre dintre d'una mesura humana», como apunta Martín de Riquer con respecto a Tirante o Curial. Un pergeño grato al destinatario de su novela caballescica, Pedro Fajardo Chacón, como podríamos sospechar por la referencia a los adalides de frontera –y por las reminiscencias del período final de la guerra de Granada que parece evocar la cita.

La dimensión heroica de Floriseo procede en mi opinión de una recreación idealizada del perfecto capitán, no tanto de una idealización del caballero según los cánones de la cavallería andante. Para decantar esa imagen castrense del molde del caballero andante y aligerarla de algunas de sus sedimentaciones idealizadas, Bernal emplea como decantador principal el mundo de las armas y los combates. Se trata por una parte de un proceso de selección de episodios bélicos, mediante el que Floriseo se ve inmerso en batallas de grandes contingentes enfrentados o en guerras de guerrillas, empleándose en ambas el robo de fardaje, la tala de árboles, la destrucción de bienes materiales del enemigo, estratagemas de guerra cercanas incluso al «fraude glorioso» defendido por Maquiavelo, la infantería (el «peonaje»), la artillería o las minas de pólvora; por otra parte, de un proceso de exclusión, pues no se recogen los recurrentes combates deportivos o la resolución de conflictos bélicos mediante ordalías o luchas entre caballeros elegidos, episodios especialmente aptos para la plasmación literaria de las virtudes del caballero andante en su individualidad señera[4]. En ese contexto bélico, las virtudes que despliega el protagonista para obtener la victoria configuran, como decía, la imagen de un perfecto capitán y, en no pocas ocasiones, un hábil político y negociador; las que se le niegan o restringen (primacía en justas y torneos, victorias en ordalías o juicios de Dios, triunfo en las típicas aventuras de gradación jerarquizante frente a otros caballeros, focalización narrativa de los combates masivos centrada en el caballero protagonista), lo alejan un tanto del caballero andante. Selección artística de episodios, etopeya del héroe y técnicas y armamento empleado confieren al *Floriseo* un aspecto muy moderno, anacrónico con respecto a la vaga antigüedad en que sitúa Bernal el tiempo del relato desde el inicio («Léesses en las istorias que hablan de la nobleza e antigüedad del Reino de Bohemia que en los tiempos más antiguos fue poblado de católica gente y ennoblecido con muchos grandes señores que en él avía», pág. 5), y contribuyen a la impresión de realismo que desprenden algunos pasajes de esta novela caballescica.

Los «detalles realistas» del *Floriseo*

En opinión del cura, emitida durante el célebre episodio del donoso escrutinio de la biblioteca de don Quijote, la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco* «por su *estilo* es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros deste género carecen». El aprecio del cura, que expresa aparentemente la estima cervantina, se explica por el «estilo» de la creación novelesca de Martorell. Y de la aposición inmediata, puede deducirse que lo propio del estilo del *Tirante* es la plasmación de ciertos detalles realistas que afectan a la vida del caballero, detalles que no están presentes en unos libros de caballerías que, sin embargo, son del mismo género que el *Tirante*. Perdóneseme la osadía de parafrasear lo que con mejor pluma y mayor claridad escribe Cervantes, pero la paráfrasis era oportuna para argumentar que en el *Floriseo* de Fernando Bernal aparecen muy abundantemente este tipo de detalles realistas. Informan unas veces de las necesidades fisiológicas del caballero (el hambre, la sed) y de la obligación de subvenir las con ropas, viandas o dinero. Así, el previsor Pirineo «metió una arca en que llevaban ropas e *conservas* para el remedio del mar, y en los vestidos levaban cosidos los *dineros* necesarios para las limosnas e camino». Más descuidados estuvieron Floriseo y Severo cuando, apenas abandonar el desierto, caminando por una alta sierra trabajaban por sobir ante de la noche a la cumbre, creyendo que allí estarían más seguros de los animales fieros que allí avía, lo cual no pudieron hazer por ser la tierra muy áspera, de manera que les convino quedar en lo más espeso del monte. Y allí, comiendo de lo que Severo llevaba, y padecieron gran sed por ser el lugar seco (pág. xxx).

Más adelante, las aventuras culminadas con éxito le reportan la amistad incondicional de moros y cristianos, algunos de ellos lo bastante ricos como para aligerarle las penalidades del camino con ciertas comodidades:

E veyendo el Duque que la ida de Floriseo era cierta e presta, mandóle adereçar una muy rica tienda e cama de campo, e hizo henchirle dos arcas, la una de plata labrada e de moneda e la otra de ropa blanca e vestidos. E mandólo cargar en dos azémilas e diole una guía que le llevasse hasta Alexandria[5].

Otras veces, los detalles inciden en las dificultades de la navegación marítima. Como Pirineo en el caso precedente, son muchos los personajes que se precaven contra los peligros de la mar; es el caso de la Reina de Bohemia, que «hizo poner en ella [en una nave] la ropa que fue necesaria para camas de aquellos cavalleros, e mandó meter en ella proveimiento de *conservas* e frutas para remedio de la fatiga del mar». Se trata por lo general de largos desplazamientos por rutas marítimas mediterráneas (Alejandría, Tebas, Babilonia, Macedonia, Atenas, Jerusalén, Constantinopla, etc.), con recaladas en islas de nombres sonoros (Isla del Sol, Isla Encantada, Isla de las Perlas, Isla del León, Isla Temerosa, Isla de Fortuna, algunas de ellas susceptibles de tratamiento utópico). Estos itinerarios aproximan zonas en las que no siempre rige esa *koiné* ideal que permite la comunicación lingüística entre personajes de naciones y culturas distintas: Bernal precisa en ocasiones la forma en que se solventa la diferencia de idiomas entre los interlocutores, bien mediante traductores (Floriseo «esto embió a dezir con un moro que se avía criado en aquella ciudad e sabía bien la lengua de Babilonia»), bien en virtud del manejo de segundas lenguas (Graciano, intentando dialogar con Primacia, «como el sancto hombre no la entendiesse en su lengua natural [...] començóla de hablar en alemán»), bien incluso mediante lenguaje kinésico, código al que acude Pirineo ante los salvajes de la Isla de Perlas: «hablándoles por señas, rogáales que entendiesen en la salud de Solacio, a quien avían herido»[6]. Un poderoso caballero está presente en guerras y conflictos sociales relatados en el *Floriseo*: don dinero. Sin su socorro, Floriseo no puede defender la Isla de las Perlas de los ataques del Soldán de Babilonia, pues carece del peculio necesario para fletar una nave. Por suerte, Severo «habló con los principales cristianos de la ciudad [de Ursina] e contóles la necesidad de su señor Floriseo. E como ellos le amassen e viessen su buen deseo, fletáronle la nave por tres años». Al lado de la financiación, la petición de una tributación más justa –la que reclaman los cristianos de Alejandría ante su bienamado Floriseo– o el caso de una política comercial proteccionista que atenta contra la libertad de comercio marítimo señalan con claridad la incidencia de una sociedad marcada por el intercambio económico. El efecto de «realidad» logrado mediante estos detalles, la etopeya de Floriseo antes descrita o el mundo de las armas y combates presente en este libro de caballerías son factores que acercan el relato al ambiente inmediato del lector coetáneo.

Tres privilegiados lectores del *Floriseo*

A lo largo de este prólogo, se ha postulado la filiación genérica del *Floriseo* de Fernando Bernal con la traducción castellana del *Tirant lo Blanch*, apoyada en ciertos paralelismos temáticos y narrativos.

Al considerar la presencia del *Tirante* en este libro de caballerías, no tanto en términos de intertextualidad sino más bien en claves de género compartidas, ciertos rasgos particulares del *Floriseo* que lo caracterizan frente al *Amadís de Gaula* podrían explicarse como el resultado de la lectura de Bernal de distintos textos caballerescos que matizan o diversifican el modelo amadisesco. A estos motivos puramente libresco, que explicarían las características más descollantes del *Floriseo* de Bernal, podrían añadirse consideraciones extratextuales que incidirían, por otras vías, en aspectos reseñados como la pátina de realismo del *Floriseo*, su reflejo de prácticas bélicas coetáneas o la etopeya del personaje principal del relato, Floriseo del Desierto. Me refiero concretamente a la posibilidad de que el destinatario del libro de caballerías, Pedro Fajardo Chacón, y sus circunstancias personales hubieran «orientado» en cierto modo los aspectos antedichos.

Pedro Fajardo Chacón, al que dedica Bernal su libro, es hijo de don Juan Chacón y de doña Luisa Fajardo. Su padre, don Juan Chacón, contó con el favor de la reina Isabel la Católica, hasta el punto de que los Reyes Católicos forzaron el matrimonio de Chacón con la primogénita de Pedro Fajardo, doña Luisa. Don Pedro Fajardo se resistió al designio regio, si bien finalmente las presiones de la Católica forzaron la firma de un contrato nupcial en el que las capitulaciones matrimoniales dispusieron que el primogénito llevara el apellido y las armas de los Fajardo (lo que explica el trastocamiento de los apellidos del vástago del matrimonio, Pedro Fajardo Chacón). Don Pedro Fajardo Chacón, progenitor de la rama de los Marqueses de los Vélez, recibió el marquesado por real cédula del Rey Católico en 1507, fue Adelantado mayor y capitán mayor del reino de Murcia, miembro del Consejo de los Reyes Católicos, Contino de su Casa y Grande de España. Como su padre don Juan, contó con el apoyo de la reina Isabel, por cuya intercesión fue aceptado el joven en la escuela nobiliaria dirigida por Pedro Mártir de Angleria. Tal vez no fuera un simple tópico el fin al que aspira Bernal con su libro, según aclara la dedicatoria al culto Marqués:

No dexé suplico de verla, porque, aunque de su verdad se dude, de agradable bivo y compendioso no tiene duda, con todo lo cual podrá vuestra señoría a vezes recrear su ilustre ingenio del cansancio que en sus provechosos estudios le han puesto, lo cual no será poco útil para la mejor conservación de las viriles fuerzas de su ingenio (*Floriseo*, «Prólogo», pág. 3).

El Marqués, viva muestra de que armas y letras podían conjugarse en un caballero, pudo verse reflejado en ese personaje de ficción «sabio, así por arte que aprendió como por naturaleza que le dio gran ingenio», perito en lenguas clásicas y avezado en todas las ciencias y artes. Y quién sabe si ese libro de caballerías que Bernal le ofreció modestamente, con intención de aliviar mediante la ficción la onerosa tarea del estudio (el dulce *delectare* como ocio, reservando la utilidad del binomio horaciano para el *prodesse* de lecturas más sesudas), no presentaría también bajo especie novelesca el ambiente histórico – casi tanto como decir el bélico – en que Fajardos y Chacones, Chacones y Fajardos, se vieron envueltos desde las campañas granadinas de la segunda mitad del siglo xv.

A este hipotético lector, coincidente con el destinatario de la obra, vienen a sumársele dos lectores incuestionables: el autor del *Reimundo de Grecia*, segunda parte del *Floriseo*, identificado tradicionalmente con el mismo Bernal, y Andrés Ortiz, autor del «Romance [...] en que se tratan los amores de Floriseo y de la reina de Bohemia, con un villancico». La continuación del *Floriseo* pivota sobre la filiación cíclica Floriseo-Reimundo, cediendo el protagonismo de Floriseo en la primera parte a su hijo Reimundo en la segunda. El autor del *Reimundo de Grecia* recondujo la historia caballerescas por unos derroteros temáticos y narrativos distintos a los que he señalado como más novedosos en el *Floriseo del Desierto*. Presencia de magas auxiliadoras que intervienen en la trama caballerescas, aparato mágico de encantamientos y metamorfosis, trabazón de microciclos narrativos sobre profecías, episodios de retiro amoroso provocados por los celos, aventuras gradatorias donde se jerarquiza la calidad heroica y amorosa de unos personajes adscritos al mundo cortesano de emperadores, reyes y nobles, perfilan la poética propia del autor del *Reimundo de Grecia*. Diríase que su universo ficticio se rige por leyes ajenas a las de Bernal, que desarrolla la narración caballerescas primando el voluntarismo del caballero frente al determinismo profético, las hechiceras frente a las magas auxiliadoras, la condensación centrípeta de las aventuras en torno al personaje central, Floriseo de Bohemia, frente al entrelazamiento formal de episodios protagonizados por diversos caballeros protagonistas del relato, por citar sólo algunas de las diferencias que separan el *Floriseo* de Fernando Bernal del autor del *Reimundo de Grecia*. No se me escapa que modos distintos de *inventio*, *dispositio* y *elocutio* en los dos libros de caballerías no implican necesariamente la adscripción a autores diferentes, pero me parece más probable que sólo una secular (y problemática) atribución bibliográfica del *Reimundo* a Fernando Bernal ha relacionado ambas obras con un solo autor, descuidando las diferencias, a mi entender evidentes, que se derivan de la lectura de los

textos literarios, diferencias que no se mencionan en los manuales y bibliografías que analizan la transmisión del *Floriseo del Desierto* y del *Reimundo de Grecia*.

El único ejemplar conservado del *Reimundo de Grecia* se encuentra en la Biblioteca Británica; carece de preliminares, ciudad de impresión e impresor. Brunet ofreció la descripción de un ejemplar coincidente con el conservado en la Biblioteca Británica, añadiendo algunas noticias derivadas de la lectura del primer folio de preliminares (un prólogo que hoy nos falta): el autor declaraba haber traducido su obra del italiano al español para deleite de los salmantinos, declaración de la que dedujo Brunet la posible edición salmantina del *Reimundo de Grecia* en 1524. Por el inicio del segundo folio recto del ejemplar que consultó (el primero recto del ejemplar conservado actualmente), donde se lee «Dicho es ya en el segundo libro de la historia del rey Floriseo...», vinculó acertadamente esta continuación con el *Floriseo*, un libro de caballerías cuya existencia sólo pudo constatar gracias a esa cita del *Reimundo*, «cuyo autor anónimo es el mismo que el de la novela del rey Floriseo, que es incluso menos conocido que éste» (IV, cols. 1259-1260). Esa apreciación de Brunet, identificando al autor anónimo del *Reimundo de Grecia* con el de un libro desconocido para él, *Floriseo*, se encarnó después en el nombre del autor del *Floriseo*, Fernando Bernal, cuando esta obra fue catalogada y descrita por Gayangos: «Según Brunet, el autor de este libro es el mismo que escribió el *Floriseo*... Debe, por lo tanto, atribuirse al bachiller Fernando Bernal» (pág. lxxvii). La atribución del *Reimundo de Grecia* a Fernando Bernal se matizó en el estudio de Henry Thomas («probablemente» del autor del *Floriseo*), pero se ha sancionado en los manuales bibliográficos más recientes sobre la literatura caballeresca áurea. Si atino en la detección del equívoco bibliográfico, la necesidad de justificar la anonimia del *Reimundo de Grecia* en mis comentarios procede en buena medida de una presunción bibliográfica cuestionable. Enderezado el tuerto, obviada la férula bibliográfica que atribuía los dos libros de caballerías a Bernal, y guiándonos tan sólo, a falta de nuevos datos, por el cotejo de las dos narraciones, diferencias de estilo, selección de episodios y disposición de las aventuras aconsejarían entre otras razones la atribución del *Reimundo de Grecia* a un autor distinto de Bernal.

Sí contamos con el nombre del autor de la versión romanceril de un episodio del *Floriseo del Desierto*, Andrés Ortiz, el «Romance nuevamente hecho por Andrés Ortiz en que se tratan los amores de Floriseo y de la reina de Bohemia, con un villancico». El resultado de este trasvase, del libro de caballerías a un romance caballeresco, es el siguiente (transcribo modernizando el pliego del romance de la Biblioteca Nacional de Madrid R-31364, reproducido en *Pliegos poéticos góticos de la Biblioteca Nacional de Madrid* (III, nº. 108):

El romance, aparecido en pliego suelto poco después de la publicación del *Floriseo*, se apoya en los siguientes episodios del libro de caballerías[10]: Floriseo se casa con la Reina de Bohemia en matrimonio secreto ante Florisa y Propicia [vv. 1-48]. Las obligaciones de Floriseo en el gobierno de la Isla Encantada exigen su regreso, pero la Reina recibe una carta en la que se le informa del levantamiento del Infante de Bohemia. El Emperador conoce la noticia y Floriseo le aconseja que arme lo antes posible un ejército [vv. 49-60]. Antes de partir, gracias a la picardía de Propicia y de Cardín, ve varias veces a escondidas a la Reina [vv. 60-78]. La flota del emperador capitaneada por Floriseo pone rumbo a las costas de Alemania; combate en este país y en Bohemia, arresta a su tío, combate duramente al infante de Bohemia y éste termina suicidándose cuando el castillo de Polenda es destruido [vv. 79-84]. Acompañado sólo por Filanio, viaja Floriseo a la Isla Encantada y sus amigos le piden que espere un día más, pues desean festejar su llegada con una montería [vv. 85-102]. Durante la cacería, ven venir desde la orilla del mar un extraño barco, del que sale una doncella con un laúd a lomos de un pez [103-126]. La doncella llega a la playa, pregunta por un caballero llamado Floriseo del Desierto y, tras declararle los deseos de su señora Laciva, le pide que vaya con él para socorrerla [vv. 127-154]. Floriseo le pide a la doncella que le dé un poco de tiempo, pues está comprometido en otras tareas [vv. 154-166]; la doncella, viendo que no puede atraer al caballero en la empresa, tañe su laúd y adormece a Floriseo y los que le acompañaban en la montería [vv. 167-178]. La doncella manda prender a Floriseo y se embarca con él hasta el castillo de Laciva [vv. 179-184]; Laciva, que deseaba vengarse de Floriseo y darle muerte, cambia de opinión al ver su belleza y decide encantarlo [186-196]. Lo retiene encantado en el jardín de su castillo de la Ínsula Deleitosa, donde goza de él [vv. 197-210]. Recupera Bernal el relato de los amigos de Floriseo en la Isla Encantada; despiertan del hechizo y uno de ellos comunica en Constantinopla a los amigos de la Reina de Bohemia la desaparición del caballero [vv. 211-218]. Propicia informa a la Reina de la pérdida de Floriseo y ella, llena de dolor, se queja contra la mudable fortuna [vv. 219-238]. Llega Pirineo a Constantinopla y se entrevista con la Reina de Bohemia [vv. 245-260]. La maga Piromancia les refiere el lugar donde está encantado Floriseo [vv. 261-264]; llegados los buenos amigos de Floriseo, parten con Pirineo hacia la Menor India [vv. 265-272]. Mientras en Constantinopla han transcurrido estos

acontecimientos, Floriseo ha defendido los intereses de la reina Laciva espada en mano; el trato de reina y caballero se estrecha carnalmente y Laciva queda embarazada [vv. 273-284]. Filoto llega a la Menor India, pero cuando se topa con Laciva es convertido por encantamiento en un caballo [vv. 285-302]. Pirineo llega a la Menor India y se presenta en el castillo de Laciva, reclamando la lucha contra el caballero que allí se encuentra [vv. 303-316]. Informada Laciva, comprende que se trata del padre de su amado y adivina sus intenciones: liberar a Floriseo y arrebatárselo de los brazos. Decide pues animar a Floriseo al combate contra su desconocido padre [vv. 317-328]. Combaten padre e hijo; Pirineo ruega al caballero que se quite su yelmo, con la intención de abrazarlo si lo reconoce y ponerle entre las manos su propia espada «para que en virtud della fuesse tornado en su memoria». Floriseo rechaza la aproximación del padre [vv. 329-368]. Pirineo urde entonces otro plan; declararse vencido y rendirse a cambio de que Floriseo le permita entrar en el castillo con su armadura y armas puestas. Laciva comprende en ese momento que la postura que ha aceptado Floriseo implica la imposibilidad de encantar a su padre, defendido por armas de virtud, por lo que sale a recibir a los dos contendientes en un carro triunfal tirado por doce caballos blancos (los compañeros de Floriseo metamorfoseados). La hechicera desencanta al caballero, que cree despertar de un largo sueño [vv. 369-378]. Floriseo perdona a Laciva y ella, agradecida, organiza en su vergel una brillante representación de magia lúdica, convirtiendo a Cardín en mono, a Ricardo en higuera sobre la que trepa el mono y a los demás compañeros en laureles y arrayanes del jardín [vv. 379-390]. De regreso a Constantinopla [vv. 391-394], en tierras del emperador conoce la noticia de que el Duque de Macedonia, a la espera de su próxima boda con la Reina de Bohemia, hace méritos en el paso de un puente [vv. 395-412]. Se enfrenta Floriseo al Duque y lo derrota [vv. 413-418]. El Emperador sanciona su matrimonio secreto y regresan a Bohemia [vv. 419-430][11].

Los paralelos trazados entre libro de caballerías y romance evidencian la reducción impuesta por el romancista sobre su materia, derivada de unos episodios que abarcan un tramo amplísimo de la obra de Bernal. La poética y forma propias del romance y las dimensiones materiales de su vehículo de transmisión impresa, el pliego suelto, determinan en buena medida esas alteraciones experimentadas en el trasvase genérico; a las restricciones formales deberían unírsele las temáticas, especialmente la atención prioritaria otorgada a los asuntos amorosos sobre otros más variados presentados por Bernal[12]. El tercer lector del *Floriseo* de Bernal, Andrés Ortiz, en nuestro breve recuento, leyó desde luego el libro de caballerías con un prisma muy distinto al que he ofrecido en mis comentarios preliminares a esta edición. Ortiz prescinde precisamente de todos aquellos aspectos que se han señalado en este trabajo como relevantes: prácticamente no se desarrollan las campañas militares de Floriseo en Alemania y Bohemia o el empleo de minas en la expugnación de Polenda, no se menciona el testamento escrito por Floriseo antes de emprender la guerra de Bohemia, etc. Los testimonios del autor del *Reimundo de Grecia* y de Andrés Ortiz, además de relativizar históricamente la perspectiva del lector ante la obra de Bernal, ya se trate de una lectura creativa en el marco de la Literatura como la suya, ya de una investigadora en el de la Historia de la Literatura como la que se explana en este prólogo, informan tal vez del interés de este curioso libro de caballerías, *Floriseo del Desierto*